

todos que, si así podemos decirlo, la gracia del Calvario ha naturalizado en los habitantes todos del mundo cristiano.

Imagínese, por vía de ejemplo, un adolescente en el cual ha de revivir un día la familia à que pertenece, y que ha fundado las más lisonjeras esperanzas en ese sér cuya frente adorna el más hermoso candor. La paz de muchas generaciones está unida à la serenidad de su mirada. ¿Qué tutela puede extender sobre esa inocencia que le es tan querida? La verdad es que no existe otra verdaderamente eficaz, que el saludable freno de la conciencia cristiana. La estadística moral de la infancia en aquellos países en que no reina Jesucristo, constituye para la historia un capítulo vergonzoso, hasta el punto de que, no siendo posible escribirlo, debe confiarse al oído. Lo que en el islamismo y en ciertas sectas del extremo Oriente, es de esos séres débiles y desamparados, lo sabemos, pero no podemos referirlo desde el punto de vista moral es una continua degollacion de inocentes, tanto más deplorable, cuanto que ya no se deplora siquiera. Mas, si del Oriente pasamos à nuestras sociedades cristianas, ¿dónde encontraremos à la juventud pura, como no sea allí donde cuenta con el apoyo y la fuerza que la práctica de la virtud

cristiana le comunica? La pubertad, ¿no constituye acaso un verdadero cabo temeroso; que pocos doblan sin naufragar? Donde quiera que ha aparecido el famoso *Emilio* de Juan Jacobo, al cual no se habla una palabra de Dios hasta tanto que cuenta la edad de veinte años, ¿se ha visto más prodigio que el de la degradacion, en ese ensalzado prodigio de la educacion pagana?

Nò, fuera de la observancia de los sacramentos, que tanto contrarían las pasiones de la juventud, es imposible encontrar en nuestros hogares flores que no estén marchitas. Lójos de la influencia sacerdotal, es decir, de esos hombres en cuyo ejemplo se aprende la manera de gobernarse en medio de los combates de la juventud, es imposible de todo punto conservar la castidad. Suele decirse, Mitridates arrojaba puñados de oro para contener la persecucion de los romanos: pues bien, Jesucristo ha hecho más: Jesucristo ha cubierto de piedras preciosas el interior de nuestras moradas, al sembrar en ellas las virtudes que constituyen la paz y el honor de nuestras familias; y si esta hermosa seducion no basta para desarmar à sus enemigos, no consiste en que su razon sea difícil sino en que su corazon es corto de vista.

Esto sentado, no debemos conceder importan-

cia al visionario racionalista que, arrastrado por sus preocupaciones, ha dicho: *Únicamente la madre puede educar á sus hijos: lo que es la religion sólo logra absorberlos* (1). Esto no es más que un miserable juego de palabras, con la pretension de decir algo: semejantes antítesis jamás prevalecerán contra la deposicion de nuestros propios recuerdos. ¿Quiere conocerse el irrecusable testimonio de la experiencia? Pues bien, esta nos dice que dónde se encuentra una inocencia que se ha mantenido pura, no ha realizado el milagro un pedante escéptico, sino un ministro de la gracia cristiana; y que donde no se encuentran tales querubines para guardar ese nuevo Eden, solo se ven llorosas Raquels que no quieren ser consoladas, porque sus hijos han muerto para la virtud. Y puesto que se invoca, en contra de nosotros á la santa guardiana del hogar, acepto su deposicion. Nadie con más seguridad que Jesucristo puede decir: Apelo al corazon de todas las madres.

Y la moralidad en estado de degradacion, ¿puede ser curada sin el auxilio de la gracia? En manera alguna; la voluntad ha menester un agente

(1) M. Michelet, *La Madre*,

sobrenatural para triunfar de sus vicios naturales, hasta tal punto, que si convertimos nuestras miradas hácia el teatro de la más bella experimentacion, el corazon humano de seguro dirá como yo, y mejor aun que yo mismo. Fácil es descender; pero muy difícil subir desde los profundos abismos á que se ha descendido. ¡Cuántos mortales, precipitados al abismo á que su pendiente les inclinaba, hánse convertido en teatro de un conflicto terrible en el cual, como en el seno de Rebeca, luchan dos séres, en tanto que el ángel se halla constantemente rechazado por el hombre! Caer es una debilidad de la naturaleza; mas levantarse despues de haber caido, constituye un triunfo que la sobrepuja. Despues de haber permanecido durante mucho tiempo sumido en el fango del vicio, procurése salir de él por medio de un esfuerzo de estoicismo, y se verá con cuánta razon pudo Dios decir con toda la autoridad de su Evangelio: *Nada podéis hacer sin mi auxilio* (1). Señor del mundo, podreis imponer al mundo vuestros caprichos si así os place: pero no podreis imponeros un dia entero á vuestra carne, si no me acomoda. Poco os im-

(1) S. Juan, 15 5.

porta, sin mi gracia, la pureza de los principios. Con las más nobles convicciones, sólo lograrei s arrastrar una vida de penalidades, y juguete de las pasiones, sin que puedan impedirlo los mejores deseos, os entregareis al encenagamiento de vicio, esperando que la nieve de los años cubra con su manto de hielo ese organismo no apagado, y que Dios os devuelva à la virtud no tanto por el sacrificio como por el hastío.

Tal es la ley comun: los que la sufren no quieren confesarlo: pero no les queda más recurso que cubrir su miseria con el énfasis de la moral filosófica: y los hombres se dejan arrebatar la enseñanza. Dios maldice los sepulcros blanqueados. ¡Cuántas veces me he encontrado en mi camino con el incurable de las pasiones humanas achacando su irremediable debilidad ora al temperamento, ora à las ocasiones, muchas veces à la Providencia, y reducido siempre al más espantoso de los escepticismos, al que consiste en dudar de sí mismo, y por consiguiente del deber! ¿Qué medio existe para que, dado este grado de rebajamiento, puedan renacer las virtudes? No hay que contar para nada con la naturaleza, porque se ha agotado en la lucha, y desesperando de sí misma, ha proferido acaso esa blasfemia histórica: *¡Virtud, no eres más que una solemne*

mentira! Únicamente puede obrar el prodigio de semejante resurreccion un tratamiento sobrenatural. Vengan los sacramentos en auxilio de esa voluntad caduca y desesperanzada por el desengaño, y se verá renacer inmediatamente su juventud.

Ante tales promesas, de seguro soltará la carcajada el incrédulo libre pensador; pero no importa: al paso que no faltará quien diserte sobre sus ruinas, nosotros las haremos palpitar con el auxilio de los sacramentos: al paso que algunos le explicarán el movimiento, nosotros se lo comunicaremos con el auxilio de los sacramentos. No hay para qué se nos objete con la contradiccion teórica: nosotros somos los exploradores de la conciencia, nosotros hemos contemplado à la humanidad fuera de las situaciones más ó ménos teatrales de la vida pública y como testigos oculares podemos rendir la siguiente deposicion: La voluntad, destituida del auxilio sobrenatural, es incapaz por sí sola de retroceder espontáneamente en el camino del mal. Un culpable sin fé puede conocer el decaimiento, la decepcion, la debilidad; pero jamás podrá conocer el *arrepentimiento* ni la *enmienda* en el sentido regenerador que debe darse à tales palabras y despues de haber perdido la primera ino-

cencia, no alcanzará la segunda, como Dios no le tiende la mano.

Por lo demás, ¡cuantas veces nuestra sociedad, á pesar de su proverbial ligereza, ha sentido emanar de la sencilla túnica de un ministro del Evangelio, como de la de Jesús, una secreta virtud! La sombra del sacerdote, semejante á la de San Pedro, realiza milagros donde quiera que se proyecta. Y no se diga que ese poder de la gracia es un sueño de los éxtasis cristianos, porque áun cuando somos libres de negarlo como doctrina, se impone como hecho, y si separamos su virtud milagrosa, permanecemos en presencia de sus milagros.

Estos son demasiado numerosos para que los eludamos. Magdalena y Thais encenagadas ayer en el fango del mundo, alcanzan en pocos dias los brillantes esplendores de la divina intimidad, San Pablo, derribado sobre el camino de Damasco, concibe la conquista del mundo, y se levanta exclamando: todo lo puedo, con Aquel que me fortalece: San Gerónimo, al otro dia de sus orgías de Roma, alcanza sobre sí mismo, por medio de la mortificacion cristiana, triunfo que no habia podido lograr su energía de Sármeta á su orgullo de hombre práctico; San Cipriano pudo distinguir en un abrir y cerrar de

ojos, sus dudas disipadas y destruidos cuantos obstáculos le detenian: por último San Agustin sacudiendo la cadena de veinte años de sensualismo, pasa de una especie de vergonzosa esclavitud á una como transfiguracion angélica. Sus blime Thabor en donde iluminado siempre por el génio, pero extinguido por la pasion, permanece durante largo tiempo suspendido entre el cielo y la tierra, como para servir de testimonio á esta gracia que es la única que puede adaptar á una juventud de pródigo, una madurez de serafin.

¿Podrá la voluntad, sin la gracia, alcanzar en la moralidad las alturas del heroísmo? Méenos áun. No se vaya á imaginar que pretendo decir que lo sublime en el órden moral, no ha existido en la tierra antes de aparecer en ella el Evangelio: la palabra de honor de Régulo, el juramento de las Thermópilas, el desinterés de Cincinnato, otros mil grandes recuerdos de la antigüedad pagana acudirian á la mente del lector para desmentirme. Sin embargo, todos ellos deben considerarse únicamente como brillantes destellos de sentimiento moral, ráfagas de luz cruzando un firmamento que cubren sombras densísimas. Sin la gracia, y la humanidad no realiza el bien más que sobre un punto y por in-

tervalos; por la gracia lo lleva á cabo de una manera continua y universal y realiza esta ascension suprema en la escala de la perfeccion llamada santidad. La santidad es pues un don especial de origen evangélico, y este es tan cierto en sus detellos como en su conjunto.

¿Puede imaginarse un don más divino que la humildad de los cristianos? La gloria constituia el nervio de la virtud antigua, el honor lo es de la virtud moderna: abolida la prueba de la opinion, desaparece casi inmediatamente la moralidad natural del género humano; pero yo conozco un sabio cuyo estudio consiste en serlo sin parecerlo, que es más digno de admiracion si cabe, en el interior de su hogar que en la plaza pública, que pasa su vida en hurtarse no sólo á los aplausos de los demas, sino tambien á sus propios ojos; que aun cuando no existieran en el mundo mas que Dios y él, procedería de la propia suerte. Ante este ejemplo deben retirarse de sus pedestales todos los héroes del catonismo pagano y racionalista. Se ha dicho que no existe hombre grande para su ayuda de cámara: debe hacerse una excepcion á este juicio pesimista en favor del santo, por lo mismo que es más grande por su lado visible que por su aspecto exterior.

¡Sorprendente condicion la castidad de los cristianos! El hombre sin la gracia, se considera dueño de su carne hasta el extremo de despedazarle como hacen ciertos bonzos de la India, para refrenarla una vez, como lo atestigua la continencia de Scipion; para preferir la lucha á la muerte, cual acontece con las vestales del paganismo: pero para elevarse la virginidad voluntaria hasta esa altura gloriosa entre los habitantes de la tierra y los del cielo, y mantenerse en las cimas de esta *montaña del incienso* que es la castidad perpétua; para imprimirnos esta fuerza superior á nosotros mismos y semejante á un milagro que nos hiciese marchar, siendo paralíticos, ó que nos diera alas para volar, es indispensable un elemento más grande que nosotros; es indispensable la gracia de Jesucristo.

¡Sorprendente condicion la caridad cristiana! No atribuyamos semejante descubrimiento á la fecundidad espontánea del corazon humano. No obstante todos nuestros ditirambos respecto de la fraternidad, no constituye en manera alguna nuestra obra, y la prueba la tenemos en que el dia en que la prescribió Jesucristo, cuidó de advertir que imponia al mundo un nuevo mandamiento, *mandatum novum do vobis*. Toda la moral antigua descansaba en el siguiente principio

de justicia: No hagais á las otros lo que no quisiérais que os hiciesen á vosotros mismos. El Evangelio ha elevado el corazon de la simple justicia á la simpatía. En suma era indispensable una verdadera revolucion divina para conducir al hombre al amor de su semejante, y para que le amara más que á su fortuna, en la caridad de la limosna; más que ha su dignidad, en la caridad del perdon; más que á su libertad, en el voto de castidad; más que al mundo, en la vocacion religiosa; más que la vida, en fin, en el martirio. Amores todos, encerrados en el santo amor de Dios y del prójimo, que al hacerlos Jesucristo brotar en el corazon humano, fué llevando á cabo un prodigio mucho más divino que el obrado por Moisés haciendo manar las aguas de un peñasco situado en mitad del desierto.

Finalmente hasta en sus sublimes locuras la sabiduría del heroísmo cristiano constituye una divina rareza. La voluntad, se vé en la precision de maniobrar entre escollos, cuando se lanza á la realizacion del bien sin contar con el auxilio sobrenatural; pues ó bien pretende hacerse superior á su debilidad, en cuyo caso comunica á sus resortes una tension extraordinaria, y forzando á la naturaleza se arroja hasta las orgullosas bravatas del estoicismo, ó so pre-

texto de condescendencia respecto de la naturaleza, la mima en vez de reformarla, dejándola que se deslice por la agradable pendiente del epicureismo. La gracia mantiene la voluntad en el justo medio que señala el ideal de la moral perfeccion.

Si, el cristianismo no puede tacharse de sospechoso de debilidad en materia de sacrificio. ¿Existe en los anales de la virtud filosófica cosa alguna que pueda compararse á la heroica exaltacion de las ocho bienaventuranzas? Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que padecen persecucion. Es imposible establecer de un modo más perfecto la sabiduría natural como base de la santidad. Cuando el cristiano sube á esas cimas inexploradas, no procede como el estóico, por la fuerza llevada al paroxismo, sino por el amor elevado hasta la sublimidad: los santos están dotados del vigor de los leones, y de la ternura de la mujer: sobrehumanos por la voluntad son verdaderamente hombres por el corazon. Milagro de equilibrio que pone patente en ellos una influencia que no es realmente suya. Por esto cuando contemplo á Caton negando que el que le ha dado una bofetada le haya ofendido, experimento una sensacion repulsiva, nacida de la

consideración de que en semejante acto sólo hay el orgullo con que pretende anonadarse al ofensor, con todo el peso del desprecio; nada del sentimiento elevado que mueve à extender sobre el adversario el manto del perdón. Aquí hay imposibilidad, no misericordia. En cambio cuando fijo la mirada en el Hijo de Dios subiendo al Calvario, dulce y silencioso como el corderillo que marcha al matadero, sin ser parte à evitarlo me siento subyugado por un ascendiente poderosísimo; porque la verdad es que se necesita una revelación divina para comprender de una manera exacta toda la extensión de la virtud humana.

Gracias à esos prodigios de la moral cristiana podemos apreciar la inquebrantable solidez del cristianismo. Para destruirlo, no bastaría con anonadar su demostración escrita, sería menester poner en evidencia que es posible à otra doctrina formar santos sin Jesucristo y también como Jesucristo. Por consiguiente, ó que los fundadores de religiones antiguas y de filosofías nuevas produzcan una hagiografía digna de ser colocada al lado de la nuestra, es decir, à falta de pruebas, hombres capaces de confundirnos, ó que se declaren confundidos para siempre jamás

por los hombres y por las pruebas que les oponemos.

V.

¿Es cierto que, sin la gracia, podamos hallarnos en posesión de determinadas virtudes? ¿Es cierto que, aun contando con la gracia, nos sea imposible alcanzarlas? Tal es la doble cuestión que he pretendido abarcar en la que sigue relativa al motor de la moral cristiana: ¿Cuyos son los límites de su poder? Cuando se ha adquirido alguna ciencia, no tanto por el estudio de los libros, como por la observación del corazón humano, se encuentran dos antagonismos diversos levantándose, ora en estado de teoría profunda, ora bajo el aspecto de objeción popular, contra la influencia santificadora del cristianismo. Esos antagonismos, siquiera dirigidos à un mismo punto, parten de extremos opuestos. Pretende el uno que en el órden de la virtud, el hombre puede cuanto quiere: es decir niega como inútil

el auxilio de la gracia. Afirma el otro que en la lucha contra las pasiones, el hombre se halla fatalmente sometido á la humillacion de la caida y que para librarse de la corrupcion de la inmoralidad, no hay más medio que cambiar las leyes de la moral: es decir, que niega la gracia teniendo en cuenta su impotencia. En otros términos, el primero niega la necesidad; el segundo la eficacia de la gracia. A estas dos causas de escepticismo práctico, el estoicismo y el epicureismo, no opondrémos en manera alguna especulaciones teológicas, contentándose con hacer un simple llamamiento á la conciencia.

Y ahora séanos lícito preguntar si el honor entregado á sí mismo es capaz de producir todo el bien que desea. No puede dudarse que la moral natural varía segun los sistemas, de manera que puede retarse al filósofo más eminente, á que manifieste en qué consisten los preceptos de la filosofía. Y no obstante, el filósofo es todavía más incapaz de *cumplir* el deber que de conocerlo, por lo mismo que le falta la palanca, más bien que la noción, de la verdadera moralidad.

Vengan pues los puritanos de la moral independiente que se jactan de una santidad adquirida apesar del Evangelio, pues hay razones fundadas para revisar los títulos de su canonizacion,

La verdadera moralidad no es en manera alguna este comportamiento que no se halla en contradiccion con las prescripciones del Código penal, y que no choca en manera alguna á los ojos de la opinion, sino lo rigidez de costumbres que, así en público como privadamente, están de acuerdo con los principios. Esto sentado, ¿qué pueden alegar en favor suyo y de su pretendida perfeccion esos estoicos *constructores*, que hacen gala del más inexcusable de los charlatanismos, el charlatanismo de la impecabilidad?

¿Hábitos de beneficencia? Ciertó que poseen las condiciones fáciles; pero carecen de las que cuestan algo: no brillan por su moralidad, sino porque les son naturales. ¿La delicadeza de su honor? Ciertó que son quisquillosos en materia de honor, es decir, en lo que se refiere al juicio de la pública opinion; mas no porque miran al cumplimiento de su deber, es decir por respeto á Dios y á sí mismos, de manera que tampoco es esto moralidad, sino amor propio. ¿Una probidad intachable? Ciertó que no sustraerían de la casa de sus amigos por valor de un alfiler, sin despreciarse á sus propios ojos; pero no vacilarían en robarle la esposa y las hijas enorgullicándose de la victoria alcanzada; de manera que aquí no hay moralidad, hay simplemente lo que

en la moderna gerga se llama ser vividor. Añádase á lo dicho que consideran la ambicion, como la ocupacion más noble del hombre de valer; la voluptuosidad, como una necesidad hija del temperamento; la venganza como legítima defensa de la dignidad ofendida; el lujo y el sibaratismo como régimen natural de su posicion. En una palabra, su decálogo se reduce á no atentar á los bienes ni á la vida de su prójimo.

Y desde lo alto de este pedestal irrisorio, bien comidos, bien bebidos, nada cuidadosos, habiéndose en moradas en que el lujo rebosa por todas partes, rodeados de toda suerte de comodidades, osan disputar el premio de la virtud á los santos del cristianismo. Convengamos en que es menester haber perdido el sentido moral para juzgar de esta suerte de la moralidad.

Por lo demás, ménos que un tema de escuela, es esto cuestion de buena fé. Si un libre pensador de treinta años me aseguraba, puesta la mano en la conciencia, que se sentía perfectamente dichoso en su estado moral, la educacion me impediría contestar á su palabra; pero nada me impediría creer que á fuerza de engañar á los demás había concluido por engañarse á sí mismo. Pues bien, yo he conocido á ese acabado comediante que se goza representando con toda maes-

tría, bajo la máscara de la filosofía, para poder mejor retar al Evangelio; pero sabéis lo que he visto al aplicar mi oído á su corazón? He visto que se hallaba devorado por odios impacables; he visto apetitos desordenados que le fuerzan á arrastrarse por el fango, bajezas y humillaciones que vengan á la sociedad de las falsedades que vierten sobre ella; he visto por último, prostraciones sin remedio que le hacen doblejar bajo el peso de su miseria, como Atlas debajo del de su montaña de fuego.

Y en semejante situacion, cuando el mundo se goza en aclamar vuestras virtudes, un juez mejor informado se inscribe en falso contra los panegíricos del mundo, y este juez sois vos mismo. Porque si sois incapaz de ejercer esta justicia respecto de vos, es un desencanto más, puesto que ello prueba que hasta la nocion de la virtud os es desconocida, y que habeis perdido ese reflejo angusto por medio del cual el hombre contempla su interior, la conciencia. Mas, sumido en tales profundidades por lo ménos, no os subleveis contra el motor de la moralidad cristiana, porque nada prueba mejor la necesidad que de ella teneis que el aprecio que haceis de la misma.

Yo bien sé que los partidarios de la moral in-

dependiente, llegado este caso, se refugian tras la siguiente calumnia: Los cristianos celosos, pueblos ó individuos, no tienen ménos debilidades que los discípulos del antecristianismo. Tratándose de pueblos, la objecion queda contestada y completamente destruida con lo que en el capítulo precedente dejamos consignado. Procuremos, pues, fortificar nuestras contestaciones valiéndonos de esta juiciosa apreciación proporcionada á la tesis por el buen sentido de Bonald: «Los espíritus mezquinos sólo se fijan en los vicios de los pueblos cristianos, por lo mismo que las virtudes constituyen su estado ordinario, y el único autorizado: en cambio los entusiastas cuando á los paganos se refieren, se fijan únicamente en las virtudes, porque el vicio constituya el estado comun y el único permitido por las leyes (1). ¿Qué sería, pues menester para burlar y castigar á los detractores de la moral cristiana? Obligarles á elegir domicilio en los países donde no es conocida. Seis meses de permanencia en la China ó en el Japon, bastarian para que se reconciliaran con el Evangelio de la Europa civilizada.

(1) Bonald, *Legislacion primitiva*.

Por lo que dice relacion á los individuos, la objecion no es un argumento, sino un epigrama. Ciertó que el hombre acostumbrado á dominarse, en la lucha consigo mismo, exige algo más respecto de sus semejantes; pero en cambio, el hombre acostumbrado á seguir sus inclinaciones, es propenso á la tolerancia para que sean tolerantes con él. ¿Y qué resulta de aquí? Que los cristianos tienen caprichos y sus adversarios vicios. ¡, los mismos cuyas ridiculeces silbamos, porque son religiosos, tendrian pasiones escandalosas si fuesen ímpios. Imaginemos dos ciudades pobladas, la una por los primeros y la otra por los segundos, y coloquemos en ambas el mismo número de personas, el mismo grado de cultura, igual cantidad de atractivos, y de seguro á la vuelta de veinte años la poblacion cristiana hará ruborizar á la libre pensadora. Y si entre esas dos estadísticas morales, el mundo no establece diferencia, es porque las pesa en una balanza desigual, procurando cubrir la vergüenza de sus obras por medio de sus juicios.

En pos de los moralista presuntuosos vienen los desconfiados. De estos, unos exageran el poder, otros la debilidad de la voluntad humana. Por una consecuencia necesaria de su sistema, éstos suprimen las leyes del orden á fin de que

no exista el desorden, ó identifican el deber con el placer, á fin de halagar el primero por el segundo, y capitulan en vez de combatir. El dogma de la santificación del placer no es, en realidad, el acto de desesperacion de una debilidad gasta en la lucha, y que sustituye sus derechos á los de Dios para no tenerle que dar cuenta de sus acciones.

La historia protesta contra esta cobardia de una voluntad que se abandona á sí misma. La vida de los santos prueba lo que puede Dios en el alma del hombre, á pesar de lo poco que el hombre puede. En tiempo de San Agustín, eran muy pocos, relativamente, los bienaventurados que militaban en las filas del catolicismo, y no obstante bastó el ejemplo de esos denonados predecesores, para que exclamara: "*Y por qué razón lo que está al alcance de esos pocos, no lo ha de estar al mío?*" Posteriormente creció de un modo extraordinario el número de los apóstoles; la sangre de los mártires fluye sin cesar; las vírgenes abundan sobre la tierra como en el mes de Mayo las flores en los campos; en una palabra: catorce siglos de heroísmo han enriquecido prodigiosamente nuestro martirologio, y esos nombres de nuestra época que miden los espacios celestes, que allanan los montes y que han tra-

tado de suprimir por inútil la palabra *imposible*, ¿serán capaces de poner en duda la posibilidad de la virtud? ¿Vale la pena de cometer crímenes odiosos en favor de tantas libertades inútiles y perjudiciales, para sacar de todo ello la negacion de la más sagrada de todas, la de producir el bien?

Y téngase en cuenta que, además de lo dicho, la conciencia protesta contra esta abdicacion, porque somos incapaces de arrastrar la cadena de la inmoralidad sistemática: mas fácil nos es resistir á la seduccion que sustraernos á los remordimientos, y la conciencia que es un latido de la verdad divina en las profundidades del alma, no depone nunca falsamente. A su vez la naturaleza protesta porque las pasiones más imperiosas sólo rugen por intermitencia. Solo de cuando en cuando tienen una hora difícil: dichoso aquel que en esos supremos momentos sabe ser prudente, y dichoso sobre todo aquel que en trance tan apurado, reclama de la gracia las luces de la prudencia y la fuerza para el combate. De seguro alcanzará la palma de la victoria en esas satisfacciones interiores que resultan de los actos respecto de los cuales proclaman otros la imposibilidad del triunfo. A su vez, por último, protesta la fé, considerando todo lo que tienen

de fácil las condiciones del triunfo. Un sólo instante basta para la caída, un sólo instante basta para la reparación: el mismo que ha empezado el día siendo un miserable, puede concluirlo siendo un santo. Hasta nuestras faltas son utilizadas por la gracia, puesto que hasta con las ruinas por nosotros acumuladas nos labra el pedestal sobre el cual debemos elevarnos, de suerte que hasta el haber cometido un poco de mal, puede redundar en nuestro provecho, haciéndonos capaces de mayor bien. No teneis, pues, por qué tener los que à falta de inocencia guardais en el corazón un poco de arrepentimiento: los publicanos tienen buena acogida ante la divina misericordia, y sea lo que se quiera de vuestras debilidades, como no perseveréis en ellas, siempre os será concedido un puesto de honor entre Agustín y Magdalena, al lado de aquellos que pecaron mucho; pero que aún lloraron más sus pecados.

Después de lo dicho, ¿continuaremos aduciendo nuestra impotencia como excusa legal de nuestra debilidad? Lo comprendería perfectamente si estuviésemos solos, si pudiéramos contar únicamente con nuestras fuerzas, para hacer frente à la dificultad; mas en virtud de la gracia, reúnense en nosotros dos hombres y nuestra de-

bilidad de miserables gusanillos desaparece y nuestra fuerza se centuplica, merced à la fuerza de Jesucristo. Ahora bien, no se olvide que cuanto mayor y más fundada es nuestra propia desconfianza, tanto más digno es Dios de nuestra fé. La Escritura nos dice que marcha y que hace marchar los siglos delante de sí: aparece y basta una sólo de sus miradas para destruir los imperios culpables: dicele al templo: *Volverás à reedificarte, y es obedecido: dice à Jerusalem: Te mantendrás en pié, y sus órdenes son ejecutadas.* Nuestra pequeñez es, pues, omnipotente, puesto que por tal mano se halla sostenida. Perdona el Autor de la gracia à esos hombres de poca fé que no se acuerdan de sus milagros y que se desesperan sumidos en el fango de sus iniquidades inveteradas, cual si jamás hubiese hecho andar à los cojos, ni resucitado à los muertos.

Mas al llegar à semejante situación, el epicureismo encuentra una nueva tangente para escapar à sus propias conclusiones. No contento con proclamar las pasiones invencibles, las honra como una fuerza de la humanidad, y las canta para que no sea posible echárselas en cara. En tiempo del politeísmo, les levantaba altares; en

la época del racionalismo, las considera como un apoyo de la naturaleza, y no quiere una moralidad que, en su concepto, empujearía al hombre, arrancándole ese suplemento de grandeza.

Ilusion grosera la que presume que suprime las pasiones, porque exigimos para ellas una dirección y un freno. Nó, también abrigamos nosotros nuestras ambiciones; pero son tan grandes y de tal naturaleza, que considerando pequeño para satisfacerlas el ámbito de la tierra, necesitan para verse satisfechas nada ménos que la inmensidad de los cielos: también acariciamos nuestros amores; pero tan excelsos y elevados, que juzgando la criatura indigna de sus sueños, no se satisfacen con ménos que suspirando por Dios. Lo repetimos, las pasiones no se hallan extinguidas en el pecho de los cristianos. ¿Por ventura no se derrama ya la sangre humana para la propagación de la fé? ¿Por ventura no existen ya aquellos seres que truecan el raso y el terciopelo por el burdo sayal de la hermana de la caridad? ¿Dónde pueden encontrarse pasiones más vehementes que en Sta. Teresa y en Francisco Javier? ¿Qué es por punto general la santidad, sino la pasión del bien llevada hasta lo sublime de la locura? El amor á Dios y á la vir-

tud es la última de las pasiones que subsisten en el corazón del hombre para consolarle de las decepciones y amarguras que resultan de todas las demás. Cuando el frío del escepticismo ha devastado las almas, y dejando de adorar han dejado de sentir la virtud cristiana, reina en ellas el fuego sagrado durante esos períodos de amargo desencanto que acompañan al desvanecimiento de las creencias. Nuestra suprema embriaguez consiste en la satisfacción del bien obrar: nuestro entusiasmo mayor resulta de nuestro acto de contrición, y en estos casos, lejos de echar en cara á la religión el que librándonos de las pasiones nos empujeara, la rendimos el testimonio de nuestra más profunda gratitud, persuadidos de que rechaza las pasiones que nos degradan; enalteciendo en cambio todas aquellas que contribuyen á nuestra elevación.

En resúmen, hoy como en tiempo de la Samaritana, Jesucristo se halla sentado junto al pozo de Jacob: la humanidad culpable avanza, el Maestro le revela una miseria que ella por sí sola no es capaz de conocer, le dá á beber una agua que produce la vida eterna, y ánte el espectáculo del cambio operado en la pecadora arrepentida, son muchos los que creen en el Hijo de

Dios. Es esta una verdadera demostración que llevan en sus costumbres los pueblos cristianos, y semejante espectáculo que no han podido imitar religion ni filosofía alguna, contiene la prueba concluyente anunciada por Montaigne con las palabras: *El sello de nuestra verdad es nuestra virtud. La razón que dá de ello es por demás sencilla. La humanidad sólo puede conseguir lo que se halla al alcance de su mano, y carece de medios para abarcar más de lo que sus brazos permiten.*

De todo lo dicho resulta pues que la voluntad sin la gracia, carece de armas para la lucha, y que es indispensable un impulso divino para sobreponernos á la corrupcion natural. Hemos visto al estoicismo y al epicureismo poner en duda la eficacia de esta ley, exagerando unos su fuerza, sosteniendo los otros la santidad de su debilidad; más lo cierto es que la experiencia les ha confundido, puesto que, en este terreno, la apologética resulta de la observacion moral y los mejores argumentos provienen de los hechos. Contemplemos pues los hechos deslumbrantes de la moralidad cristiana, y aprendamos á adorar la causa en los efectos. Un oráculo antiguo proponia la solución del siguiente enigma: ¿Cuál es

al par el sér más grande y más pequeño de la creación? El más pequeño es el hombre inferior á sí mismo por el abuso de la libertad; el más grande es este mismo hombre elevándose hasta Dios, mediante el auxilio de la gracia.